



Las Asignaturas Pendientes del Liberalismo Económico

Gustavo Marqués
Facultad Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires
marquesgustavo@hotmail.com

Resumen

En este trabajo compararé las tesis básicas del liberalismo económico clásico con los nuevos argumentos pro mercado de la escuela Austriaca de economía e identificaré algunos de los argumentos principales que los nuevos liberales ofrecen en favor de la libre competencia. Al proceder de esta manera no hago más que adoptar la postura crítica proveniente de John Stuart Mill en *On liberty* (y retomada luego por Karl Popper), según la cual es necesario discutir la mejor versión disponible de la postura criticada. En particular, examinaré críticamente el impacto que las modificaciones teóricas introducidas por estos últimos tienen en su defensa del orden de mercado, y sostendré que, aún tomando en cuenta aquella versión del liberalismo económico más conveniente para el doctrinario liberal (e incluso aceptando algunos de sus argumentos), subsisten serios problemas internos no resueltos por dicha doctrina. He aquí los principales: 1) defensa a-crítica del sistema de valores que requiere el funcionamiento del mercado, subvalorando la preferencia por el presente y la estabilidad, 2) carencia de políticas de corto plazo, 3) carencia de políticas asistenciales y 4) tendencia a adoptar un sesgo autoritario.

Introducción

El liberalismo tradicional concebía a la teoría económica según el modelo de las ciencias naturales y defendió al mercado sobre la base de resultados obtenidos en el marco de una visión que asumía condiciones extremadamente irrealistas respecto del conocimiento de que disponían los agentes y del contexto en que éstos se desempeñaban. Además, se centró casi exclusivamente en el comportamiento empresarial y descuidó la esfera del consumo. El liberalismo Austriaco, en cambio, construye una defensa del mercado que ya no depende del compromiso con la vigencia de circunstancias sabidamente inexistentes o falsas. Hace énfasis en el análisis de los procesos reales de producción e intercambio e intenta mostrar que el orden competitivo de mercado es defendible *tal como es*, no como debería ser, si ciertas circunstancias excepcionales pudieran ser satisfechas. Los Austriacos ofrecen, pues, una defensa mejorada del orden de mercado, cuyos elementos salientes son, en el nivel teórico, la especial atención prestada a la *esfera del consumo* y el análisis de los mercados de competencia *imperfecta*, y, a nivel filosófico, su mayor *realismo* (que se manifiesta en su incorporación del subjetivismo y la incertidumbre).

1. Liberalismo Clásico

La defensa clásica de la libre competencia se funda en la tesis de que al interactuar libremente en el mercado los agentes obtienen, tanto al nivel individual como al nivel global, algunos resultados óptimos, dadas las restricciones imperantes. En lo que respecta a la producción, se obtiene una cantidad de producto global que es mayor que la que se obtendría si la libertad individual fuera restringida de alguna manera arbitraria. Además, la libertad de mercado garantiza el uso más eficiente posible de los insumos, permitiendo que cada unidad de producto producida, lo sea con el menor costo posible.

En lo que respecta a la distribución de ingresos y rentas, el liberalismo clásico es igualmente optimista, y sostiene que en condiciones de libre competencia prima la equidad y cada individuo obtiene un ingreso

que guarda proporción con lo que contribuye al producto social global y resulta suficiente para la satisfacción de sus necesidades¹.

Un tercer resultado que los clásicos atribuyen al libre mercado es la adquisición de pleno empleo. En la teoría clásica, el desempleo es un fenómeno enteramente *voluntario*², y su causa es que el salario exigido por el trabajador es superior al correspondiente a la productividad marginal del trabajo aportado. Las firmas no están dispuestas a ofrecer empleo a ese salario, pero sí a un salario real que corresponda a dicha productividad marginal. La solución es, pues, reducir los salarios *nominales* y, por este medio, hacer descender el salario real hasta un nivel compatible con el pleno empleo.

A modo de balance, puede decirse que el liberalismo económico clásico propaga la idea de que la libre competencia permite alcanzar una situación óptima desde el punto de vista social, tanto con respecto a la cantidad total producida como en la participación individual en el producto global. No es un óptimo absoluto: no es el mejor de los mundos concebibles, pero es el mejor de los posibles, dadas las restricciones existentes sobre los recursos disponibles. Sobre la base de este conjunto de creencias, el liberalismo clásico rechaza de plano cualquier tipo de reforma social basada en consideraciones de equidad y justicia distributiva, y rechaza todo tipo de interferencia estatal o gremial con las decisiones de los propietarios. Su idea es que, en general, la interferencia estatal (o gremial) no puede mejorar los resultados de la libre competencia. Por ello, la intervención es innecesaria (y suele ser perjudicial).

2. El Nuevo Liberalismo Austriaco

La defensa clásica del mercado dependía de supuestos extremos acerca de la disponibilidad de recursos y del conocimiento que los agentes tienen de los mismos. Asume que los recursos están *dados* y que los agentes tienen *conocimiento* de ello. La progresiva formalización y matematización de la economía, que cobra fuerza a partir de fines del siglo XIX, expresa estas ideas en el modelo de competencia perfecta, que constituye la conclusión lógica de la visión clásica de la competencia. Aun en la actualidad, la mayor parte de los liberales defienden el mercado con las herramientas conceptuales que les proporciona la teoría económica neoclásica, e identifican “libre mercado” con “competencia perfecta”.

Sin embargo, la defensa del orden de mercado basada en los méritos de la competencia *perfecta* es poco útil desde el punto de vista político. Como, en la práctica, la competencia *no* es perfecta (y nunca lo será), si se desea defender el orden de mercado, deberá defendérselo tal como es, no como se desearía que fuera. Para ser convincente, el liberalismo necesita disponer de una defensa del mercado que resulte aceptable desde la perspectiva de la mayoría de la gente (sin cuyo consenso la aplicación de políticas liberales es impracticable) y que no dependa de suposiciones groseramente irrealistas. Las dos piezas fundamentales en el dispositivo del nuevo liberalismo Austriaco para obtener este resultado, son la plena incorporación al

¹ "Los ricos sólo toman de la pila (de productos) los más preciosos y agradables. Consumen poco más que el pobre y, a pesar de su egoísmo y rapacidad natural, aunque solo persiguen su propia conveniencia, aunque el único fin que persiguen del trabajo de los miles a quienes emplean es la gratificación de su propia vanidad e insaciables deseos, ellos dividen con los pobres el producto de todas sus mejoras. Son conducidos por una mano invisible a efectuar casi la misma distribución de las necesidades de la vida que hubiera sido hecha si la tierra hubiera sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes; y así, sin proponérselo, sin saberlo, promueven los intereses de la sociedad y proporcionan los medios para la multiplicación de las especies. Cuando la providencia dividió la tierra entre unos pocos propietarios, no olvidó ni abandonó a aquellos que parecía que habían quedado afuera de la partición" (Adam Smith, citado en Cliffe Leslie, *The Political Economy of Adam Smith. Essays in Political and Moral Philosophy*, p. 154).

² Nos referimos a aquel que no responde a circunstancias ocasionales (como el producido por una catástrofe natural o una guerra).

análisis económico del subjetivismo y de la esfera del consumo, y un nuevo enfoque del papel de la competencia.

La perspectiva del consumidor

Según los austriacos, cualquier tipo de acción humana presupone preferencias y expectativas de parte de los agentes involucrados, y éstas deben ser incorporadas en la definición de los conceptos básicos de las ciencias sociales y la economía. El ejemplo más importante de esta idea es su aplicación a la noción de *valor*. La teoría clásica concibió al valor como una propiedad intrínseca de los bienes. En la visión Austriaca, en cambio, el valor de una determinada cantidad de un bien es enteramente dependiente de la importancia que un sujeto le asigna para la satisfacción de *sus* necesidades. Es algo que el sujeto le imputa, y en tal sentido es subjetivo. Incorporar la subjetividad de los agentes a la determinación de los procesos económicos, permite defender una idea de importantes implicaciones políticas: la de *soberanía del consumidor*.

En la medida en que las preferencias de los compradores de bienes finales determinan con su elección el valor, es decir, el *precio de todos los bienes*, sean finales o intermedios, también determinan la magnitud de los *beneficios* obtenidos por los empresarios, y de los *salarios* percibidos por los trabajadores. En última instancia, *todas* las categorías económicas están determinadas por las decisiones de los *consumidores* (que, a su vez, se basan en sus fines y sus conocimientos). De esta manera, la esfera del consumo, que había sido desatendida por los clásicos, quienes centraban su atención en las firmas, es incorporada a la teoría económica y ubicada en sus mismos fundamentos.

Este cambio permite reformular de manera algo más fuerte que en la versión clásica el argumento pro-mercado. Contra la creencia frecuente de que son los capitalistas quienes imponen sus condiciones al trabajador, ahora puede sostenerse que no es el productor quién decide las retribuciones que cada participante extraerá del juego del mercado, sino el consumidor. Como dirá Mises, el sueldo que cada quién reciba (y hasta la permanencia en su empleo) no es decidido por los empresarios, sino por quienes adquieren sus productos. La suerte de la empresa, y la de los trabajadores ocupados en ella, es decidida por el público. Esta es la tesis de la *soberanía del consumidor*.

Esta tesis proporciona al liberalismo un argumento adicional formidable: significa que toda manipulación gubernamental de las variables económicas, vía políticas fiscales o monetarias, es considerada una injerencia, no solamente en las decisiones del empresariado, sino del público en general. Al imponer restricciones a la producción, o al modificar los precios relativos, el Estado obliga al empresariado a utilizar los recursos de una manera diferente a la dispuesta libremente por los consumidores. En última instancia, al impedir que los empresarios ejecuten las “órdenes” de sus clientes, la intervención estatal constituye un ataque a la privacidad del hombre corriente. El intervencionismo es, en el plano del mercado, el equivalente del fraude electoral.

Incertidumbre

Otra innovación importante del nuevo liberalismo Austriaco es que, al requerir tiempo, el proceso de producción involucra *incertidumbre* de parte de los agentes. En particular, los empresarios no pueden saber cuáles serán los precios futuros de los productos que ofrecerán una vez culminado el proceso de su producción, razón por la cual en el “cálculo” económico introducen valores que no son otra cosa que estimaciones subjetivas y que pueden verse posteriormente defraudadas.

La limitación cognoscitiva irreparable que padecen los empresarios que actúan y deciden en “tiempo real” contrasta con los (optimistas) supuestos cognitivos de la economía clásica y neoclásica. La mayoría de las certezas de que disfrutaban los agentes clásicos y neoclásicos se desvanecen. Nadie (ni agentes ni teóricos) está en condiciones de anticipar qué cambios se producirán en las preferencias y expectativas de los consumidores, y de qué manera estos cambios afectarán las magnitudes de la totalidad de las variables económicas (y, por esta vía, sus rentas e ingresos). El subjetivismo implica una incertidumbre radical, no reducible a riesgo calculable.

Es posible ahora establecer un vínculo entre la ya aludida limitación cognoscitiva insuperable que padecen los sujetos y la ventaja del orden de mercado. La circunstancia de que rige incertidumbre, permite sostener que ningún orden dirigista alternativo al del mercado podrá superar sus resultados. Como señala Hayek, si se pudieran reunir todos los datos acerca de las preferencias y expectativas de los agentes, podría volcárselos en una computadora y determinar qué y cuánto producir. El teórico, al igual que el político, estaría entonces en condiciones de contar con la información necesaria para determinar qué medidas económicas serían las adecuadas para maximizar el bienestar general.

Pero esto no puede hacerse, porque como ha señalado este autor en *The use of knowledge in society*, el conocimiento que cada individuo posee de las variables relevantes de la economía depende de su ubicación particular en el mercado, es parcial y en buena medida consiste en saberes prácticos no articulados. Tal conocimiento está inevitablemente disperso y en buena parte es tácito. No puede ser reunido en ninguna cabeza (individual o colectiva). Para expresarlo en términos metodológicos familiares, aunque se contara con la teoría correcta, se desconoce la totalidad de las condiciones iniciales relevantes necesarias para determinar cuál es el empleo óptimo de los recursos existentes en la economía. Y esta dificultad es irremontable³.

En suma, la incorporación de la tesis de la soberanía del consumidor y la admisión de incertidumbre refuerzan la defensa tradicional del libre mercado. La primera opone reparos morales al interventor, al señalar que bajo la apariencia de imponer restricciones al empresario capitalista, lo que hace en realidad es distorsionar la voluntad popular; en tanto que la segunda levanta ante la autoridad intervencionista una barrera “material”: muestra que ésta jamás podrá satisfacer mejor que el mercado las necesidades de los agentes, porque no dispone (ni dispondrá) del conocimiento necesario para ello. Juntos, ambos argumentos implican el seguro fracaso de todo intento por planificar la economía.

El papel de la competencia en condiciones de incertidumbre

La teoría económica asumió tradicionalmente que su tarea central era descubrir la mejor asignación de un lote de recursos, que se asumían *dados* y *conocidos*. La limitación cognoscitiva ineliminable que padecen todos los individuos (agentes y teóricos) indica que este problema tiene un interés más lúdico que práctico, pues los recursos nunca están dados, ni son completamente conocidos por los agentes.

El problema que puede (y debe) abordar sensatamente la economía es otro: cómo utilizar de la mejor manera posible el conocimiento, las habilidades, la inventiva, la iniciativa y otras capacidades que se encuentran desigualmente distribuidas y dispersas entre los diversos agentes, y que en parte permanecen ocultas hasta para ellos mismos. Los austriacos consideran que el mecanismo que pone en movimiento esos recursos ya existe, y que no es otro que el mercado. La competencia es para ellos tanto un proceso de *descubrimiento como de generación de recursos antes inexistentes*, que no pueden ser obtenidos sin su

³ Véase Hayek, "La pretensión de conocimiento".

ayuda. Consideran, pues, que es el mejor método conocido para resolver el verdadero problema de la economía.

Los argumentos que hemos expuesto y que constituyen la defensa Austriaca del mercado implican un cambio de óptica importante: se sustituye la teoría de la competencia perfecta por un análisis de los procesos de mercado, en los que la producción lleva tiempo y, en consecuencia, existe incertidumbre y el ajuste de los factores no es instantáneo. Y estos cambios han tenido éxito al mostrar que aún en estas condiciones hay dos tareas en las cuales el mercado parece ser insuperable: en su capacidad para movilizar el empleo de los recursos y en su capacidad para ofrecer la mayor cantidad, calidad y baratura del producto ofrecido. Sin embargo, por importantes que sean estas modificaciones, resultan aún insuficientes para dar cuenta de algunos aspectos centrales de las economías actuales.

Luego de la segunda guerra mundial resulta obvio que la estructura del mercado ha cambiado sustancialmente respecto de la que imperaba en la época de Smith y Ricardo. La industria moderna está ahora poblada por corporaciones gigantes que tienden a sustituir a la pequeña empresa. Tanto es así, que Hayek asume el carácter *imperfecto* de la competencia, es decir, el hecho de que las empresas pueden imponer los precios de sus productos y disfrutar, al menos temporalmente, de beneficios monopolísticos⁴. Esto suscitó un problema para los nuevos defensores del mercado, ya que muchos (incluso en el seno mismo de las huestes liberales) consideraban al monopolio como socialmente perjudicial (y desde la propia teoría económica no existía una clara defensa de la competencia monopolística)⁵. Examinemos, pues, en qué medida los resultados benéficos del mercado continúan siéndolo en las nuevas condiciones.

Lo primero que salta a la vista es que la nueva estructura que adopta el mercado pone en entredicho la tesis de la soberanía del consumidor, que está en el centro del argumento pro-mercado de los austriacos. En condiciones de competencia monopolista, los productores no son tomadores de precios. Pueden decidir la magnitud de sus beneficios y operar a un nivel de actividad inferior al que resultaría óptimo desde el punto de vista social. La tesis de que todas las magnitudes de las variables económicas están determinadas por las decisiones de consumo ya no es sostenible, y el argumento moral anti-intervencionista ya no puede ser empleado. Si el libre mercado continúa siendo defendible en las nuevas condiciones, se requieren otros argumentos para exhibir sus ventajas. En esencia, el argumento esgrimido es que hay dos tipos fundamentalmente de monopolio: aquél que emana de un decreto gubernamental (que impide la participación de firmas que podrían emplear los recursos más eficientemente que la privilegiada por la medida) y aquél que resulta “naturalmente”, debido a que la mayor eficiencia de la firma hace que sus eventuales competidores se vean obligados a abandonar progresivamente el mercado. Hayek sostendrá que, aún en las nuevas condiciones, si el monopolio es del segundo tipo, la competencia arroja un producto global mayor que el obtenible por cualquier otro medio, y que cada unidad de producto producido requerirá una dotación de insumos que es menor que cualquier otra dotación de recursos que se emplee para producirlo con cualquier otro método alternativo.

Es importante entender bien cuales son exactamente las ventajas que se reivindican en las nuevas circunstancias para el consumidor. La competencia no asegura que habrá más consumidores o que más gente consumirá más. Todo lo que se sostiene es que cada *acto de consumo individual* se realiza en los mejores términos posibles para el consumidor involucrado. Y esto es todo. En el lenguaje de las ventas, sólo asegura que todo aquello que compre un individuo, podrá obtenerlo al menor precio posible (dadas las restricciones imperantes). Se opera entonces un sutil desplazamiento de significado: el consumidor seguirá siendo considerado soberano, pero no en referencia a su capacidad para determinar la magnitud de

⁴ Hayek, *The political order of a free people*, volume 3: 15.

⁵ La Escuela de Chicago, por ejemplo, la había atacado despiadadamente.

las variables económicas fundamentales, sino en referencia a las ventajas que obtendría de la competencia en cuanto consumidor (y, aún así, con un alcance bastante más limitado que lo que la expresión “soberanía del consumidor” sugiere).

En cuanto se extiende la defensa de la competencia a condiciones en que existen monopolios y corporaciones, la pregonada “soberanía del consumidor” debe ser entendida de un modo muy diferente al anterior (y ciertamente más débil). En ausencia de monopolios, el consumidor es soberano en dos sentidos distintos: determina el valor de las categorías económicas y se beneficia del menor precio unitario de los productos que consume. Existiendo el monopolio, como los consumidores ya no determinan los precios -y con ellos las variables económicas-, ahora sólo puede decirse que son soberanos en el segundo de los sentidos mencionados. Y por añadidura, con la siguiente restricción: el monopolista podría hacer un uso más eficiente de los insumos que el que de hecho hace. Si no elige esta alternativa es porque le conviene producir a un costo unitario que está por encima del mínimo posible. El óptimo individual deja de coincidir con el social y el poder del “soberano” se muestra ahora bastante debilitado.

Puede verse, entonces, que los argumentos austriacos pro mercado para las condiciones de monopolio obtienen un resultado mixto, desde la perspectiva liberal. De una parte, representan un avance en el sentido de que la defensa de la competición es extendida a nuevos contextos (prevalcientes en la economía moderna); pero, en otro sentido, representan un retroceso, pues el consumidor resigna su papel de factor causal determinante de las categorías y las ventajas que obtiene en cuanto consumidor (en cada acto de consumo) son menores que las que realmente podría obtener si prevaleciera en la firma monopólica mayor sensibilidad social.

3. Críticas a la defensa Austriaca del libre mercado

Aunque algunos críticos del mercado creen que se cuenta con evidencia empírica concluyente de que el libre mercado es el responsable de las altas tasas de desempleo hoy vigentes y de los bajos salarios que perciben los trabajadores ocupados, no es sencillo probar esta imputación. En realidad, es sumamente difícil testar a las teorías sociales en general y las dificultades que se plantean para evaluar empíricamente a la teoría económica liberal no es más que un caso particular de esa dificultad general. De todos modos, no entraré ahora en este problema. Hay distintas formas de crítica, y para criticar al defensor del *laissez faire* no es necesario arrojarle un dato concluyente por la cabeza. Por eso, uno puede conceder al liberal que no hay una manera objetiva de evaluar (refutar) empíricamente la doctrina del libre mercado y, aún así, sostener que dicha doctrina afronta serios problemas. Más todavía, aún asumiendo que los argumentos pro-mercado del liberalismo (expresados bajo la forma modesta que acabamos de describir) son acertados, la doctrina liberal afronta dificultades importantes, que, a mi modo de ver, la hacen inviable. Aquí mencionaré cuatro de las dificultades aludidas.

1) Aunque los liberales enfatizan las ventajas que el mercado acarrea para el consumidor, esto (asumiendo que es correcto en el sentido mínimo antes indicado) es solo la mitad de la historia. En el proceso de producción capitalista, los individuos intervienen como parte del proceso de producción de bienes y como consumidores de los bienes producidos. Ello hace que la libre competencia tenga un efecto ambiguo sobre los trabajadores. De una parte, los beneficia, porque los ajustes que incesantemente se operan en el mercado permiten abaratar cada unidad de producto que consumen; de otra parte, los ajustes continuos que el mercado requiere los perjudica al desestabilizar sus vidas. Existe pues un *trade off* entre estabilidad emocional y capacidad consumista.

Un problema que se presenta de inmediato al teórico defensor de la libre competencia es que no hay medio alguno que permita determinar que los beneficios obtenidos por los agentes en cuanto

consumidores compensan (o superan) los perjuicios recibidos en cuanto trabajadores debido a los continuos ajustes a que la competencia obliga. Aunque la libre competencia asegure los resultados que los modernos liberales le atribuyen, no es posible defenderla argumentando un saldo positivo en el cálculo de costos y beneficios de cada individuo (o de la entera sociedad). Lo que permite al liberal defender incondicionalmente el régimen de libre competencia, es su exclusiva concentración en el sujeto en cuanto consumidor, desentendiéndose de los “daños colaterales” que los ajustes de mercado producen en los trabajadores y en sus entornos familiares. Esta miopía puede ser favorecida por la tendencia a considerar a la economía como una ciencia separada, en la cual no tienen lugar (ni importancia) los fenómenos psicológicos y sociales. Otra razón, que consideraremos de inmediato, es su preferencia por el futuro.

2) Una segunda dificultad del liberalismo económico es su carencia de políticas económicas de corto plazo. Para examinar este asunto, supongamos por el momento que el problema que acabamos de señalar ha sido subsanado: los agentes comparten las preferencias de los teóricos liberales y aceptan el riesgo que el orden de mercado impone con la expectativa de beneficiarse en cuanto consumidores. Subsisten, sin embargo, dos circunstancias que atan las manos del defensor del libre mercado. En primer lugar, admite que las economías se hallan regularmente en un estado sub-óptimo, inferior al de pleno empleo y con un alto porcentaje de asalariados que no percibe lo necesario para satisfacer necesidades mínimas (y que esta situación se agrava durante las crisis). En segundo lugar, el liberal Austriaco cree que cuenta con una explicación de por qué se ha llegado a esta situación lamentable: está convencido de que ha sido causada por las políticas intervencionistas previas. Esto deja a los nuevos liberales sin políticas de corto plazo para reactivar el empleo y elevar los salarios. Su única propuesta es lo que Rothbard llama una política de “manos afuera”⁶. En efecto, como creen que toda intervención deliberada para mejorar la situación de las víctimas del intervencionismo previo, a la larga, agravaría su situación, se desaconseja la intervención estatal. Admiten, sin embargo, que dejar que el mercado se reestablezca por sí mismo, traería eventualmente una solución en el *largo* plazo, pero en el *corto* plazo el desempleo seguramente aumentará y los salarios descenderán aún más. Las expresiones “largo” y “corto” plazo deben ser tomadas con cautela. El corto plazo no tiene una duración definida y puede abarcar el tiempo de vida de más de una generación.

Ahora es al liberal a quien se le plantea un problema moral: si el libre mercado es la solución óptima de largo plazo, pero el precio es el agravamiento de los problemas inmediatos, ¿a qué generación se elige favorecer y a quién perjudicar? He aquí un nuevo *trade off*, esta vez entre el hombre presente y el hombre futuro. El liberal opta siempre por esta última alternativa. ¿Es consistente con sus énfasis en el individualismo al tomar esta decisión? Creo que no lo es y que con ello manifiesta más un interés en la especie que en los individuos concretos. Lo que se sostiene (de manera disfrazada, porque es algo que no puede ser dicho de frente y en voz alta) es que los excluidos de hoy debieran aceptar “políticas” que empeorarían su situación, y muy probablemente la de sus hijos, bajo la promesa de que ellas son la garantía de la continuidad del progreso humano y de la civilización.

3) Un tercer problema que padece el nuevo liberalismo es la carencia de políticas asistenciales. Nótese que el problema es ahora diferente al anterior: no se trata de diseñar políticas para incluir individuos al sistema (aumentando el empleo) o mejorar la situación de los ya incluidos, sino de compensar a quienes permanecen fuera del mercado. La dificultad reside ahora en la ausencia de políticas de salvataje para los

⁶ "Lo que el gobierno debe hacer, según el análisis misiano de la depresión, es absolutamente nada. Con vistas a (restaurar) la salud económica y terminar con la depresión tan pronto como sea posible, debe mantener una política de *laissez faire*, o de estricta manos afuera. Cualquier cosa que haga retardará y obstruirá el proceso de ajuste del mercado; cuanto menos haga, más rápidamente harán su trabajo los procesos de ajuste del mercado, y comenzará una recuperación económica sensata" (Rothbard, "Economic Depressions: Their Causes and Cure", p. 87-88).

excluidos (que permanecerían en calidad de excluidos aunque dichas políticas existieran y fueran aplicadas). Esta ausencia es confesa y deliberada, ya que los liberales Austriacos rechazan todo planteo de reforma social y la puesta en práctica de lo que alguna vez se denominó Estado de Bienestar. Hayek insiste en que la asistencia a los desempleados o a aquellos que perciben salarios insuficientes debe hacerse desde *fuera* del mercado. Quiere decir que el dinero necesario para financiar esta asistencia no debe provenir de la creación de impuestos a los beneficios o a las rentas. Mises califica a esta práctica como confiscatoria. El reparo que se aduce es, ante todo, moral, y consiste en que se viola el Principio Liberal que protege a la propiedad privada (y los beneficios *son* propiedad privada). Además, como acabamos de ver, se sostiene que es materialmente perjudicial, ya que toda deducción de las ganancias empresariales es interpretada como un castigo al exitoso para subsidiar al ineficiente. Las políticas redistributivas son rechazadas porque dilapidan la riqueza existente y desarticulan el mecanismo que ha permitido generar tales riquezas. Ellas obstruyen el proceso de acumulación y detienen el progreso

La única manera de asistir a particulares, compatible con el principio liberal, es dejar que lo haga quien desee hacerlo por propia cuenta. No es sencillo advertir por qué cree el defensor del libre mercado que esta estrategia funcionará. Aunque buena parte de la caridad pública proviene de los propios trabajadores, no es de esperar que sea de esta manera como el problema se resuelva satisfactoriamente en países severamente afectados por el desempleo y el trabajo precario. La solución, si la hubiera, debería provenir de las empresas. Se presenta, sin embargo, la siguiente dificultad. El empresario entrega parte de su ingreso en calidad de impuestos (destinado a financiar el funcionamiento del gobierno) y el resto lo divide en gastos de consumo e inversión. Para no poner en riesgo el futuro de la humanidad, debería sacrificar parte de su consumo para volcarlo a la asistencia social. Pero, ¿por qué habría de hacerlo?

Como Hayek mismo ha señalado, el mercado implica la destrucción de la solidaridad grupal y de las lealtades tribales. Esta solidaridad es considerada negativa, pues sofoca a los individuos más diligentes y creativos. Ha sido, precisamente, esta clase de individuos, quienes en algún momento de la historia de la humanidad se han percatado de que se beneficiarían más empleando los medios a su alcance para satisfacer las necesidades de gente ajena a la tribu, que satisfaciendo las necesidades de los miembros de la tribu. Esto implica una ruptura con la moral grupal (tribal) y el surgimiento de una nueva (y despersonalizada) moral.

Con el afianzamiento del orden de mercado, la solidaridad se ha reducido a los confines del pequeño grupo familiar (o al estrecho círculo de amistades íntimas). Por ello, es cada vez más difícil que los individuos reaccionen positivamente a la compulsión moral de asistir al indigente o al desempleado anónimo. Se plantea entonces la paradoja de que para resolver el problema de la exclusión fuera del mercado, se necesita contar con aquella moral que el nuevo orden de mercado ha contribuido a desterrar. Son dos cabos sueltos en el planteo liberal que es difícil atar: se necesitaría romper con el “atavismo social” en las relaciones mercantiles y comportarse atávicamente fuera de ellas. Es dudoso que esta doble moral pueda ser implementada alguna vez.

4) Por último, pese a las apariencias y a la manera en que usualmente se presenta a sí mismo, el punto de vista liberal puede adoptar fácilmente un sesgo autoritario. Si los problemas que he mencionado en los párrafos que preceden son serios y no reciben respuesta satisfactoria de parte de las autoridades, es inevitable que tarde o temprano los defensores del libre mercado se encuentren frente al siguiente problema. Los trabajadores tienen sus propias preferencias, y no es seguro que prefieran el mercado a otra forma de orden económico-social que les brinde mayor seguridad y estabilidad. Hayek es tan consciente

de esta posibilidad, que incluso admite que la mayoría de la gente podría optar contra el mercado⁷. Una sociedad adversa al riesgo podría resignar los eventuales beneficios que la competencia le traería en cuanto consumidora, para disfrutar de una mayor estabilidad en cuanto trabajadora. Por otra parte, los riesgos que se corren en un mercado en continuo reajuste no son iguales para todos los trabajadores. El factor edad puede ser central al respecto: una sociedad más envejecida podría volverse más adversa al riesgo y, por ende menos inclinada al *laissez faire*, que una sociedad más joven. Además, la velocidad del cambio tecnológico deja cada vez más rápidamente fuera de uso las capacidades adquiridas en el pasado, creando una gama creciente de trabajadores anticuados (incluso entre el sector de los más jóvenes). Por último, no es seguro que quienes padecen los ajustes se beneficien luego de los mismos. Es posible, entonces, que la mayoría de la gente pueda preferir un ordenamiento que, aún siendo capitalista, no sea de *libre* competencia. Popper pedía algo semejante en *La sociedad abierta y sus enemigos*⁸.

Uno podría pensar que, tratándose de preferencias de la gente, el militante liberal debería mostrarse respetuoso y aceptarlas, cualesquiera ellas fueren. Mises lo hace por ejemplo, en el caso del consumo de alcohol⁹. Pero desde la perspectiva liberal una cosa es que las preferencias de las personas amenacen su propia vida y otra muy distinta es que amenacen el mercado. Esto ya es intolerable. Para evitar esta posibilidad, el doctrinario liberal cuenta con dos recursos. Pone en acción el Plan A y amonesta a la mayoría: sostiene que la preferencia por la estabilidad constituye una mala elección. Aunque la gente tenga derecho a vivir protegida en una sociedad relativamente estática, no debería hacerlo, pues pone en juego el futuro de la civilización. Si su argumentación resultara convincente, la gente aceptará la implementación de políticas desregulacionistas, de las cuales se espera que traigan la solución en el largo plazo.

Pero puede que su argumento no conmueva al desocupado o al indigente, a quienes los procesos de ajuste han convertido en mayoría. Como bien saben los defensores del liberalismo, ellos, como todo agente, manifiestan preferencia por el presente. ¿Por qué los desempleados e indigentes actuales habrían de preferir un ordenamiento económico del cual no habrían de beneficiarse ni ellos ni probablemente sus hijos? Es hora, pues, de implementar el Plan B. El teórico liberal agrega, entonces, que no necesariamente debe hacerse lo que la gente desea. Todo censor ha siempre sostenido alguna variante de esta tesis. Es un argumento defendible si se tratara de menores, pero no si se trata de adultos. Sin embargo, cuando es acorralado, el defensor del libre mercado está dispuesto a sostener esta postura. En más, Hayek no se limita a sostener este (cuestionable) argumento, sino que agrega que no siempre debe hacerse lo que la gente desea *aunque el objetivo que se alcance por este medio sea deseable y tal medio sea la única manera de obtener dicho objetivo*¹⁰. Adviértase, en primer lugar, que no se limita a negar el derecho de la mayoría a imponer su voluntad en el caso de fines inaceptables, sino que niega este derecho aún en el caso

⁷ "Para aquellos con los cuales otros compiten, el hecho de que tienen competidores siempre es una nuisance que impide una vida tranquila; y estos efectos directos de la competición son siempre mucho más visibles que los beneficios indirectos que derivamos de ella" (Hayek, *The political order of a free people*, p. 77).

⁸ Véase Popper, *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*.

⁹ Véase Mises, *The Human Action*, p. 728.

¹⁰ Aludiendo a algunas medidas intervencionistas, sostiene que "aún concediendo que tales medidas puedan en algún sentido sean deseables, son una de esas cosas que, aunque deseables en sí mismas, no pueden ser alcanzadas sin conferir un poder discrecional y arbitrario a alguna autoridad, y por ende deben dejar lugar a la consideración de orden superior, según la cual a ninguna autoridad se le debe dar tal poder. Ya hemos señalado que tal limitación sobre todo poder puede que haga imposible el logro de algunas metas particulares que pueden ser deseadas por una mayoría de la gente; y hemos señalado que para evitar males mayores, una sociedad libre debe negarse a sí misma cierta clase de poderes aún si las consecuencias futuras de su ejercicio parecen ser sólo beneficiosas y quizás constituyen el único método disponible para alcanzar ese resultado particular" (Hayek, *The Fatal Conceit*, op. cit., pp. 79-80).

de que los fines *sean aceptables*. En segundo lugar, sostiene que uno podría legítimamente oponerse a las medidas que el pueblo elija, aunque éstas sean las *únicas* capaces de lograr el fin reconocido como aceptable. Esta es la base de sus reparos a la democracia y su defensa calificada de regímenes que él mismo calificaba de autoritarios, como el de Pinochet¹¹.

Bibliografía

- CLIFFE LESLIE, THOMAS EDWARD. 1997. "Political Economy and Sociology", in *The Methodology of Economics: Nineteenth Century British Contributions*. Edited by R. Backhouse, pp. 383-411, Volume 5, (5.7), London, Routledge-Thoemmes Press.
- GARRISON, ROGER. 2000. "The Austrian Theory in Perspective", in *The Austrian Theory of the Trade Cycle and Other Essays*, Compiled by Richard M. Ebeling, pp. 7-35, Auburn, L. von Mises Institute.
- HAYEK, FRIEDRICH. 1937. Economics and Knowledge. *Economica*, IV: 33 – 54.
- HAYEK, FRIEDRICH. 1945. The Use of Knowledge in Society. *American Economic Review*, XXXV, N.4: 519 – 530.
- HAYEK, FRIEDRICH. 1981. "La pretensión de conocimiento", en *Nuevos estudios en filosofía, política, economía e historia de las ideas*, pp. 21 - 30, Bs. As., Eudeba.
- HAYEK, FRIEDRICH. 1984. The political order of a free people, in *Law, Legislation and Liberty*, volume 3, Cicago, The University of Chicago Press.
- HAYEK, FRIEDRICH. 1992. The fatal conceit - The Errors of Socialism, in *The Collected Works of F.A.Hayek, Volume 1*, Edited by W. W. Bartley III, Chicago, The University of Chicago Press.
- HAYEK, FRIEDRICH. 1996. *Individualism and Economic Order*, Chicago, The University of Chicago Press.
- KIRZNER, ISRAEL. 1990. "Menger, classical liberalism, and the Austrian school of economics", in *Carl Menger and his legacy in economics*, Edited by Bruce Caldwell, pp. 93 - 106 , London, Duke University Press.
- LACHMANN, LUDWIG. 1997. "The Market Economy and the Distribution of Wealth", in *Austrian Economics -A Reader*, Edited by R. M. Ebeling, pp. 670 - 686, Hillsdale, Hillsdale College Press.
- POPPER, KARL. 1992. *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- POPPER, KARL. 1981. *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza.
- ROTHBARD, MURRAY. 1996. "Economic Depressions: Their Causes and Cure", en *The Austrian Theory of the Trade Cycle and Other Essays*, Edited be R, Ebeling, pp. 65-91, Auburn, Ludwig von Mises Institute.
- VON MISES, LUDWIG. 1962. *The Ultimate Foundation of Economic Science*, Auburn, Ludwig von Mises Institute.
- VON MISES, LUDWIG. 1996. *The Human Action*, Auburn, L. von Mises Institute.
- VON MISES, LUDWIG. 1996. *Planning For Freedom*, Grove City, Pennsylvania, Libertarian Press.

¹¹ "Hayek's view was summarised in an interview he gave to the progovernment newspaper El Mercurio (there weren't of course, any antigovernment newspapers at the time) in which he was reported as saying *Mi preferencia personal se inclina a una dictadura liberal y no a un gobierno democrático donde todo liberalismo está ausente*", John Quiggin, Hayek and Pinochet, Septiembre 12, 2002. <http://www.johnquiggin.com/archives/000236.html>